

que en este diferian aun por largo tiempo las solemnidades ó publicidad de los matrimonios, como nota el erudito Calmet.

### CAPITULO VIII.

#### De la edad en que se desposó el Sr. San José con la Virgen María.

**D**E esta edad del Padre de Jesus se ha levantado una ruidosa controversia entre los que discurren de sus años. San Epifanio, Cedreno y Nicéforo juzgaron que era octogenario cuando se desposó con la Virgen María. Esta sentencia se sacó del Protoevangelio de Santiago y del Evangelio del nacimiento de María, libros apócrifos, y como llenos de fábulas, reprobados desde su origen. En estas fuentes corrompidas bebió San Epifanio, bebió Cedreno con Nicéforo y con los poetas y pintores que han hecho á ciegas varios retratos de la edad avanzada del Señor San José en el tiempo en que celebró sus desposorios, la cual, aunque se pinte con bellos colores, siempre aparecerá contraria á los desig-

nios de Dios en la eleccion del consorte de su Madre. Por lo cual la autoridad de San Epifanio no se debe atender en este punto; ántes bien con la debida reverencia á su antigüedad y á su erudicion, nos apartamos de su dictámen con otros hombres doctos y santos que impugnan abiertamente esta sentencia, que segun Teófilo Rainaudo, apenas ha tenido entre los Padres alguno que la siga. El cardenal Baronio, vindicando á San Epifanio, dice, que este Padre no afirma la ancianidad de San José, sino que se muestra dudoso en este punto. El Cedreno, si hemos de hacerle justicia, nada añade de autoridad á esta sentencia, porque este autor, dice el Trombeli, poco antes citado, es un hombre de infeliz crítica, y en cuyo juicio pesa más una fábula ó tradicion del vulgo, que los discursos de los sabios y sólidos escritores. Nicéforo, que lo sigue, vivió en un siglo en que la crítica no habia llegado á su zenit y última perfeccion, reservada á los siglos más iluminados; y por otra parte es un moderno, que ni está admitido en el número de los Padres, ni en la clase de los católicos, y faltándole las canas, dice Rai-

naudo, que le falta tambien la autoridad. Los pintores antiguos no necesitan de impugnacion; y cuando merecieran el ser impugnados, bastaria esponerles la sentencia de Horacio y del maestro Jacinto Serrí, que los califican de atrevidos en sus pinturas. Los poetas que cantan la ancianidad decrépita del Señor San José, bebieron esta vejez en las mismas fuentes donde la bebió San Epifanio, quien faltando visiblemente á las leyes de la crítica, confirmó aquella sentencia de Justiniano: *tener todas las cosas presentes en la memoria, y no caer en algun descuido de la pluma, es atributo propio de lo divino más que de lo mortal.*

César Calino, hombre de vasta erudicion, se muestra más humano que el Serrí con los pintores. A éstos, dice el Calino, que engañó la barba larga que vieron en los retratos antiguos de San José. Los hebreos de aquellos tiempos se dejaban crecer la barba, teniendo esta, que verdaderamente es fealdad, por adorno y gloria de la nacion. Y por seguir aun en las pinturas esta costumbre, retrataron los primeros pintores á San José con la barba tan crecida que parecia un

viejo de ochenta años: de donde se siguió que los pintores ménos antiguos representaron viejo al Santo, sin más motivo que la barba larga, que por hebreo le quiso pintar la antigüedad. Otros disculpan á los pintores por otro lado, atribuyendo esta pintura á la piedad que por conciliar al Santo Patriarca más veneracion entre los fieles, pintó en un cuadro al Señor San José en forma de un anciano venerable dando la mano de esposo á una niña de catorce años. Perdóneme por ahora la conducta de los pintores: esta idea no es á propósito para representar al Esposo, que con su adorable providencia eligió Dios para custodio y consuelo de su Madre. Se le dió José por Esposo á María, como nos enseña San Gerónimo, para que en la retirada á Egipto le sirviese de alivio. ¿Y qué consuelo podria hallar una niña criada en el Templo, en un hombre, que con sus muchos años llevaba una enfermedad tan molesta como incurable? Algunos añaden, que no carece de todo fundamento esta especie de pintura, juzgando que la muerte del Señor San José, que como ellos pretenden, aconteció poco despues de haber entrado Jesus en los trece años

de su edad, no pudo ménos que haber proveni-  
do de lo avanzado de su vejez.

Este punto de historia lo trataremos en su lu-  
gar: ahora solo respondo, que la muerte no se  
prueba con la mayor ancianidad; pues vemos que  
la juventud y la vejez corren con iguales pasos  
hácia el sepulcro. Y así, bien pudiera haber  
muerto el Señor San José cuando Cristo comen-  
zaba los trece años de su edad, sin ser un hom-  
bre octogenario.

Gerson no reprueba el retrato; pero añade,  
que el fin de los pintores no fué el representar  
la ancianidad del Señor San José, sino dar al  
mundo una valiente idea de sus virtudes, ó a-  
partar á los fieles de toda sospecha contra la per-  
petua virginidad de nuestra Señora, que en a-  
quellos tiempos no estaba tan establecida como  
en estos últimos siglos de la Iglesia.

Los pintores de la Alemania, ó por más ins-  
truidos en la crítica, ó por tener otros fondos de  
fantasía más amena, no siguen en los retratos  
del Señor San José á los antiguos profesores de  
la pintura, sino que pintan al Santo Patriarca  
de una edad casi juvenil, como lo afirma Gerson,

quien dice haber visto estas pinturas. «Noso-  
«tros, para creer que el santísimo Esposo de  
«María no era tan anciano como lo pintan cuan-  
«do celebró sus desposorios con la Vírgen, no  
«necesitamos, dice el padre Abab Trombéli, de  
«recurrir á las pinturas de la Alemania; pues  
«nos consta que en varios retratos antiguos es-  
«tá representado San José como hombre de u-  
«na edad correspondiente á su destino, y pro-  
«porcionada á los viajes y fatigas de su sagra-  
«do ministerio. Esto nos dicen las historias que  
«hacen mencion de estos documentos antiguos,  
«que se conservan en algunas partes del mundo  
«distantes de la Italia. Por estar léjos de nos-  
«otros no los podemos examinar; mas no tene-  
«mos necesidad de consultarlos, teniendo en nues-  
«tra librería entre los litúrgicos un código be-  
«llísimo, adornado con letras de oro y de her-  
«mosísima miniatura, en el cual así ántes del  
«calendario, (que es del principio del siglo tre-  
«ce) como despues, se hallan bellamente pinta-  
«das (segun el gusto de aquella edad) varias  
«historias de la vida de Cristo, y de algunos san-  
«tos. Entre los cuales está la imágen de San

«José de miniatura, que lo representa de un  
 «semblante que más tiraba á blanco que á otro  
 «color, sin arrugas, la barba corta y el aspecto  
 «como hombre de cuarenta años: las otras cir-  
 «cunstancias de esta miniatura, que es la cuarta  
 «de las que están despues del calendario, perte-  
 «necen al nacimiento del niño Dios, á quien el  
 «Señor San José está contemplando sorprendido  
 «de admiracion.

«En otra imágen de las dichas miniaturas,  
 «que es la nona, está retratado San José en  
 «el viaje de Egipto, guiando á la Señora que  
 «iba en un jumentillo con el Niño Jesus en los  
 «brazos. A estos caminantes seguia un jóven  
 «con la cabeza descubierta, y que llevaba sobre  
 «el hombro izquierdo un baston con un paño  
 «suelto en la punta á manera de quitasol. En  
 «esta imágen está pintado el Señor San José  
 «de estatura alta, y de aquella edad que llaman  
 «consistente; esto es, como un hombre de cua-  
 «renta años.» Estas miniaturas están conformes  
 con las que vió en Venecia un erudito mexica-  
 no, quien me hizo esta relacion que sigue, dig-  
 na de fé por la exactitud con que este sujeto ob-

serva los preciosos monumentos de la antigüedad:  
 «ví en Venecia en la librería de los monges ar-  
 «menios una Biblia manuscrita segun los estilos  
 «y forma de la nacion, en la cual entre otras  
 «curiosas miniaturas, que parecen ser del siglo  
 «cuarto, segun la relacion del bibliotecario, está  
 «una imágen del Señor San José, que lo repre-  
 «senta mozo.» Hasta aquí este gran literato  
 digno de ocupar puestos ventajosos entre los  
 hombres eruditos, por lo raro de sus talentos.

En vista de pruebas tan terminantes, no pue-  
 do ménos que defender lo mismo que escribe el  
 doctísimo Trombeli con estas espresiones: «uno  
 «ú otro dijeron, siguiendo á San Epifanio, que  
 «San José era de edad decrépita cuando se des-  
 «posó con la Virgen; pero yo sé que otros hom-  
 «bres eruditísimos discurren de otra manera  
 «muy diversa. Véase Gerson tenido por el pri-  
 «mer teólogo de su siglo, el cual no duda que  
 «aquella profecía de Isaías: *habitará un jóven*  
 «*con una vírgen*, se entiende de San José y de  
 «María Santísima, segun la glosa interlineal y  
 «la ordinaria, que en el lugar citado dicen: *vivi-*  
 «*rá José con María*. A Gerson sigue el carde-

«nal Viguerio, teólogo acreditadísimo en tiempo  
 «de Julio II, y lo siguen tambien todos los crí-  
 «ticos. Teófilo Rainaud, valiente teólogo y  
 «crítico nada tímido, se declara á favor de aque-  
 «llos que hacen á San José de una edad varonil  
 «cuando se desposó con la Vírgen, la cual opi-  
 «nion han abrazado muchos teólogos antiguos y  
 «famosos, cuyos nombres paso en silencio, por-  
 «que á mí me basta alegar á un Baronio, á un  
 «Suarez, á un Vazquez, á un Sandino, á un  
 «Saliano, á un cardenal Toledo, y entre los pro-  
 «testantes á un Montacur, cuya autoridad en  
 «la disertacion de este argumento que tenemos  
 «entre manos, se debe tener en sumo aprecio,  
 «porque este herege, aun siendo enemigo tan  
 «declarado del cardenal Baronio, que desprecia  
 «todas sus opiniones, y las impugna con los úl-  
 «timos esfuerzos de su pluma, no obstante, en  
 «llegando á esta sentencia de la edad florida ó  
 «varonil de San José, dice lo mismo que el  
 «Baronio.»

El Capizuco, autor antiguo, tiene esta opinion  
 por la más verisímil; y dirá lo mismo cualquiera  
 que leyere con atencion el siguiente discurso

con que se esplica el incomparable doctor Fran-  
 cisco Suarez: «José no era, como quiere San  
 «Epifanio, de edad avanzada cuando se desposó  
 «con la Vírgen María, por cuatro razones, que  
 «son estas: la primera, porque convenia que en  
 «aquellos desposorios se guardara entre los es-  
 «posos aquella proporción que segun el uso y la  
 «costumbre se suele observar: la segunda, por-  
 «que era tambien conveniente que José fuese  
 «de una edad proporcionada á la generacion;  
 «pues de otra suerte no se mantendria ileso el  
 «honor y fama de la Madre de Dios: la tercera,  
 «porque José debia ser un hombre robusto, para  
 «emprender el viage á Egipto y para buscar con  
 «su trabajo la manutención de su familia: la  
 «cuarta, porque la Escritura de algun modo  
 «está de parte de su edad varonil, cuando dice  
 «en el capítulo primero de San Lúcas, que la  
 «Vírgen estaba desposada con un varon, y no  
 «dice que con un anciano. Por donde en Isaías,  
 «hablándose de la venida de Cristo, se dice:  
 «vivirá un jóven con una Vírgen, la cual profecía  
 «aplican Lira y la Glosa ordinaria á este miste-  
 «rio. Parece, pues, cierto que José no era hom-

«bre de ochenta años, y lo más verisímil es, que  
«no fué viejo. Si era de treinta ó de cuarenta  
«años, á punto fijo no se sabe, ni se puede afir-  
«mar si era jóven ó si era de edad varonil, cuan-  
«do no lo refieren las historias.»

Hacen tambien verisímil la edad juvenil del Señor San José al tiempo de contraer sus desposorios con la Vírgen María, las costumbres de los hebreos, que como refiere Agustin Calmet, se casaban á los diez y ocho años de su edad. Por lo que mira á las mugeres, era, como se le en el Talmud, reprehensible el padre que casaba á la hija con un anciano. Es cierto, como nos enseñan las memorias de aquel pueblo, que los judíos despues que volvieron de la cautividad, se casaban más tarde que ántes; pero no se cree que haya sido tan larga la dilacion, que dejasen los casamientos para el estado de su vejez.

#### CAPITULO IX.

##### De la perpetua virginidad del Señor San José.

**E**STE punto es tan constante y tan claro en la historia de la inmaculada vida del Esposo de María que aun los herejes, que no se cuentan

entre los partidarios de la pureza virginal, convencidos de la autoridad y de las razones que alegan los católicos, confiesan abiertamente que el Señor San José llevó al sepulcro aquella azucena de la virginidad con que nació. San Gerónimo, doctor que por su doctrina y erudicion en las historias antiguas vale por muchos escritores, dió á luz fuertes apologías acerca de la perpetua integridad de aquel Esposo, que fué el más semejante á la Madre de Dios en la pureza de cuerpo y de alma. En estas bellas apologías habla contra el heresiarca Helvidio de esta suerte: «tú, oh herege atrevido, dices que  
«María no fué perpetuamente vírgen: yo defien-  
«do que no solo María, sino que tambien el mis-  
«mo José su Esposo guardó perpetua virginidad,  
«para que de estos desposorios virginales naciera  
«un hijo vírgen. De José no consta que hubiese  
«celebrado otras nupcias. De la Madre de Dios  
«más fué custodio que marido: por lo cual se  
«debe creer que se mantuvo vírgen con María,  
«el que mereció llamarse Padre del Señor. Los  
«autores de algunos libros apócrifos, y justamen-  
«te reprobados, han dicho lo contrario, afirman-

«do que José antes de desposarse con María,  
 «tuvo otra muger, llamada Melca, ó Esca, de  
 «cuyo tálamo le nacieron Santiago el menor,  
 «obispo que fué de Jerusalem, y otros dos hijos;  
 «pero esta historia es una fábula, y los que la  
 «creen son unos hombres que del todo han per-  
 «dido el juicio, y que merecen contarse entre  
 «los frenéticos. En el Evangelio leemos que  
 «Santiago el menor, José y Júdas Tadeo, se lla-  
 «man hermanos de Jesus; pero ¿quién ignora que  
 «á los primos llama tambien hermanos la Escri-  
 «tura?»

En los breviarios antiguos de los griegos tam-  
 bien se hace mencion de la virginidad del Esposo  
 de la Virgen María, y es digna de creerse esta  
 noticia que dan los continuadores del Bolando,  
 críticos de primer orden, citados del erudito  
 Tilemont. Mas concedamos que en estos brevia-  
 rios no se halle escrita con la mayor claridad  
 esta prerogativa del Señor San José; ¿faltarán  
 por esto documentos que la demuestren? Digo  
 que no faltan pruebas de esta excelencia; pues  
 claramente la confiesa San Agustin, ó el que fué  
 el autor del Nacimiento de Cristo, que ántes se

tuvo por obra de este Santo, y aun conserva la  
 posesion en el juicio de algunos eruditos, que  
 contra el dictámen de los doctores Lovanienses  
 y de los Monges de San Mauro, defienden que  
 en esta obra no se echa ménos el estilo de San  
 Agustin, y que no contiene pensamientos que no  
 sean muy dignos de este doctor iluminado. Dice,  
 pues, el autor de este sermon, que apareciéndo-  
 se cierto ángel á San José, le habló de esta ma-  
 nera: «María tu Esposa será Madre de Cristo,  
 «conservando la virginal integridad de su cuer-  
 «po: y tú serás reputado por Padre del mismo  
 «Cristo, por el cuidado que has tenido de la pu-  
 «reza, y por el esplendor de la virginidad. Vivi-  
 «rás separado del tálamo de tu Esposa, y sin  
 «embargo te llamarán padre del Salvador.» El  
 doctísimo Juan Gerson, predicando delante del  
 concilio de Constancia, dijo, que convenia que  
 la Madre de Dios y su Esposo José se mantu-  
 viesen en su virginidad perpetuamente. Daniel  
 Papebroquio, continuador de la obra de Bolando,  
 no duda afirmar, que despues de San Gerónimo,  
 toda la Iglesia latina es de sentir que San José  
 murió vírgen, y que esta virginidad la tuvo por

toda su vida confirmada con voto, el que hace creible aquel celibato constante por tantos años. Esto mismo dice el eminentísimo Baronio, usando de estas magníficas espresiones con que se adorna este capítulo: « todos los escritores católicos de la Iglesia latina, que florecieron después de San Gerónimo, han seguido su sentencia acerca de la perpetua virginidad de San José; de tal suerte, que Pedro Damiano, escritor notable de su siglo, dice con gran satisfacción, que la fe de la Iglesia es, que el Señor San José fué tan vírgen como su purísima Esposa. (El eximio Suarez añade, que San Pedro Damiano entendió por fe la piadosa creencia de la Iglesia). Y ciertamente, en cuanto es lícito valerse de conjeturas probables, ¿quién ha de creer que Dios no eligió un Esposo vírgen á su Madre, cuando hecho hombre y estando para morir, se la dejó encomendada á un hombre que era vírgen?»

Canisio, en el libro II capítulo XIII, habla sobre el mismo plan, con las palabras que traducidas á nuestro idioma, dicen así: «Beda y Alcuino confiesan claramente la perpetua vir-

«ginidad de San José, cuando escriben de esta manera: sin escrúpulo alguno conviene que sepamos y que afirmemos, que no solo la Madre de Dios, sino tambien José, felicísimo testigo y custodio de su castidad, jamás usaron del derecho que da el tálamo á los consortes. De esta misma sentencia fué aquel Hugo Victorino llamado en su tiempo el segundo San Agustín, y fueron otros teólogos, y principalmente Santo Tomás y Juan Gerson, omitiendo á los modernos, que con buenos fundamentos defienden que José y María de comun consentimiento se consagraron á Dios con voto de perpetua virginidad; disponiéndolo de este modo el Espíritu Divino, para que en aquel grande misterio, que contenia la salud del mundo, tuviese la Madre de Dios un consorte, que así en toda su vida, como en la pureza, le fuese conforme. Lo diré con las mismas espresiones de Gerson: hizo María voto de virginidad, y lo hizo tambien José, como sienten los doctores. A tal voto no fueron contrarios los desposorios, en que hubo fruto, fe y sacramento (*veteris scilicet legis*). Pedro Damiano, teólogo



«esclarecido, afirmó animosamente, que la fe de la iglesia, (*esto es, la sentencia á que la Iglesia se inclina*) es, que no solo la Madre de Dios, «sino tambien José, su Padre putativo, fué «vírgen.»

### CAPITULO X.

**El Señor San José sale para la ciudad de Hebron, (ó Gálgala) en las montañas de Judea, acompañando á su santísima Esposa.**

**L**UEGO que fué concebido el Verbo Divino en las purísimas entrañas de la Vírgen, y por ventura el mismo día de la encarnacion, salió la Señora apresurada de Nazaret para las montañas de Judea á visitar á su parienta Santa Isabel, que vivia en la ciudad de Hebron. El camino aun para otra persona en quien no concudiesen las circunstancias de la Vírgen María, era escabroso, largo, y en algunas partes despoblado, por estar el sitio de Hebron, segun las cartas geográficas de Tirino, distante de Nazaret cien millas italianas, esto es, como treinta y

tres leguas de las nuestras; por lo cual se debe creer que el Señor San José, destinado del Cielo para servir á la Madre de Dios, acompañó á su santísima Esposa. San Lúcas no espresa todas las circunstancias de este viage, ni hace mencion del Señor San José, por ser estilo de los historiadores sagrados el callar aquello que naturalmente es inseparable del acaecimiento que refieren. Algunos, alegando cierta revelacion, dicen, que este viaje, que por su naturaleza era de seis dias, lo hizo la Vírgen llevada de los ángeles á Hebrón en pocas horas; mas la historia sagrada, que auténticamente habla con toda la Iglesia, solo nos dice, que salió María á largas jornadas para las montañas de Judea. Llegados que fueron los caminantes al término de su destino, la Vírgen entró á saludar á Santa Isabel; y su esposo José, segun las ceremonias y costumbre de la nacion, pasó á presentar sus respetos á Zacarías. De las tradiciones de aquella edad no nos consta si el Señor San José asistió á todos los coloquios de su Esposa con Santa Isabel. Isidoro Isolano cree, que el santo Patriarca fué admitido á la sagrada con-

versacion de aquellas dos almas grandes y llenas del Espíritu Divino; pero que no comprendió la significacion de aquellos maravillosos sentimientos: por lo cual lo pinta su pluma á manera de una alma estática y sorprendida del asombro cuando oye algunos misterios tan profundos, que no es capaz el entendimiento de penetrarlos. Juan Gerson, creyendo más que Isidoro Isolano, dice, que el Señor San José no solo oyó los cánticos que significaban la encarnacion del Verbo Divino, sino que tambien al principio del viage á las montañas supo de la boca de su misma Esposa que ya estaba comenzado aquel misterio oculto y esperado por tantos siglos. Los teólogos y críticos se apartan del pensamiento de Gerson, y se conforman con el discurso de Isolano, que parece más verisímil; esto es, que el Señor San José oyó las voces de Santa Isabel y el cántico de su Esposa; pero que no penetró el misterio que contenian: al modo que los Apóstoles, escuchando despues á Cristo, quien con la mayor claridad les hablaba de su Pasion, nada entendieron. Esto es lo más que se puede admitir segun los críticos

benignos; pero los severos no dan fe á las palabras de Isolano; ántes bien afirman que es lo más verisímil que el Señor San José, segun los antiguos estilos del Oriente, no debia entrar con la Vírgen al cuarto ó sala en donde la recibió Santa Isabel; porque dicen, que entre los orientales era costumbre el que los hombres, si no eran parientes muy cercanos, no entrasen á la sala en que recibian sus visitas las mugeres. Aunque estos estilos que propriamente eran de la Grecia, fuesen comunes á los hebreos, no obstante, queda en duda si comprendian al Señor San José, por las circunstancias del parentesco.

La Vírgen se mantuvo en la casa de Zacarías casi por el espacio de tres meses; pero de su Esposo no consta si la acompañó, ó si volviéndose á su casa de Nazaret, se estuvo allí hasta que fué tiempo de que su Esposa saliese de Hebron para su casa. El padre Abad Trombeli juzga que San José se mantuvo por los tres meses en la casa de Zacarías; porque no era tan pobre el santo Patriarca, que no pudiese estar fuera de su tierra por algun tiempo: y más estando en la

casa de Zacarías, sacerdote tan noble como rico, y en un reino en donde la liberalidad y la magnificencia, más necesitaban de freno que de espuela.

Cumplidos los tres meses que la Virgen había señalado para estarse acompañando á Santa Isabel, se volvió á su casa de Nazaret en compañía de su Esposo. El Evangelio solo refiere el regreso á la casa de Nazaret. Algunas circunstancias que no espresa, se dejan entender, y por otra parte seria superfluo contar exactamente lo que en casos semejantes se practica. Por falta de más luces no se pueden decir otros acaecimientos de este viage. Creen algunos que la Madre de Dios fué á las montañas, y se volvió de ellas en un jumento, que eran las carrozas, que dió á los judíos la naturaleza. Esta es una conjetura, y querer darlo por cosa cierta, seria contar adivinanzas por historias, y decir que verdaderamente se hizo lo que solo pudo acontecer.

## CAPITULO XI.

**Conociendo el Señor San José que la Virgen María estaba en cinta, pensó dejarla.**

**S**E alternan en este mundo el gozo y el dolor, como en los mares la serenidad y la tormenta, y tal vez con la misma tranquilidad se mezcla la amargura, y salen las tribulaciones de las mismas fuentes del consuelo; de tal suerte, que parece que los mortales suben á la cumbre de la felicidad, para que sea la caída más ruidosa y los tormentos más sensibles. Esto es lo que nos ponen delante de los ojos en el espejo de tristes acaecimientos las historias, y lo que se ve aun en aquellas almas felices que ha puesto Dios sobre la tierra como un raro espectáculo de su adorable Providencia, cuando quiere probar los quilates de la virtud. Sin recurrir á otros ejemplos, hallaremos en el corazon del Señor San José pintada esta conducta del Cielo con espresiones dignas de la elocuencia del Crisóstomo. «Dios, dice este Padre, usando de su «infinita benignidad, mezcla con los trabajos el «torrente de las dulzuras aun en los justos, en